

## DESEO Y ESCUELA

Prefacio:

Pensé en elaborar este texto en base a los escritos que los colegas y yo mismo hemos trabajado en “Las noches del Directorio ampliado” para dilucidar algo sobre la frase “Deseo de Escuela”.

Os confieso que no llegué a leer más de dos intervenciones de las muchas que ha habido. El motivo ha sido que la lectura de tres o cuatro frases y dos citas, han provocado una pequeña catarata de escritura que venía al lugar de las resonancias de lo leído.

Como este texto se quiere breve, en tanto se trata de provocar y participar de una conversación entre nosotros y no una repetición de lo ya dicho o lo ya sabido, dejé de leer y me dejé escribir por los efectos de resonancia que me produce la subjetivación de la palabra Escuela, intentando transmitir al menos algunos ecos de lo que es para mí.

Una topología de Escuela:

Cuando pienso en la Escuela, me viene una topología de a tres para construir un decir sobre ella:

- Lo uno y lo múltiple
- Gradus y jerarquía
- Transferencia de trabajo

Si tomamos la Escuela Una como extimidad, nos permite pensarla como el uno fuera de la cadena que como el sujeto del inconsciente permite organizar los múltiples decires del uno por uno.

Si ponemos como extimidad de la Escuela, como causa de su consistencia, el objeto “a”, nos permite pensarla como causa de deseo de los uno por uno que la conforman; agujereando así cada vez los saberes que en ella se producen.

Esta sería una topología posible para la Escuela, como sujeto y como agujero.

El gradus y la jerarquía me llevan a pensar una doble función de la Escuela. Desde el gradus, velaría por la producción de los saberes de borde que pueden hacer avanzar el discurso del psicoanálisis. Pensada desde la jerarquía, ella organizaría el modo de conectar la Escuela con la sociedad en la que habita, organizar el lazo con el otro de lo social que nos permite llevar en extensión el discurso del psicoanálisis.

Sobre el tercer registro, el que he llamado transferencia de trabajo, situaría ahí el lazo que uno construye a la vez y distinto del lazo en la propia experiencia analítica, marcaría el lazo de cada uno con el discurso analítico. Sería pues la transferencia de trabajo el modo de lazo que provoca la energía necesaria para que la Escuela sea algo vivo al servicio del discurso en el que habitamos. Se puede decir que es la transferencia de trabajo lo que nos permite a cada uno poner en juego los decires de borde, los saberes expuestos que son a la vez agujereados por la propia función de objeto causa de la Escuela.

Nos queda pues el trabajo, la marca de trabajadores decididos, en tanto que como dice Lacan, el saber que se encuentra en la experiencia, dibuja su esfuerzo en adquirirlo y no en usarlo, siguiendo la recomendación freudiana de que el analista, en cada caso debe olvidar lo que sabe. Es pues un saber cuya función es provocar deseo en el que escucha y no un saber garantizado; esa es su trasmisión.

Es pues el amor a un saber de deshecho el lazo posible entre los miembros de una Escuela y entre los simpatizantes del discurso del psicoanálisis.

Creo que esta es la clave para decir algo sobre la frase de J.A. Miller en su curso “El banquete de los analistas”, donde dice: “Se trata en un recorrido analítico de transformar cada vez la demanda de amor en deseo de saber”. Creo que esto supone no olvidarnos que el deseo siempre será su interpretación, siempre fallida diría yo, y que el amor es el vacío que permite al goce condescender al deseo.

Como vivir una Escuela de psicoanálisis:

J.A. Miller en su texto “El concepto de Escuela”, señala la Escuela como: “Un refugio como base de operaciones contra el malestar en la cultura”

Podría decirse que si en el núcleo del discurso analítico operamos con el sintagma “No hay relación sexual” o al menos que no puede escribirse, esto dibuja un agujero en el saber. La Escuela se entreteje alrededor de un “no hay el analista”, saber en falta que dirige a cada analizante a una respuesta singular en el lugar de la falta del universal. He aquí la marca que distingue el discurso del psicoanálisis del resto de los discursos en tanto no se sostiene del universal. Es el único que se sostiene en pedazos de real, en agujeros en el saber; en la contingencia de un invento singular frente a la falta de una escritura universal entre el sentido y el goce; entre el cuerpo y el significante.

Como hacer pues, como organizar un lazo posible entre singularidades una por una.

Miller apunta a que hacer algo conjuntamente, hacer algo de manera colectiva, no es muy afín al discurso del psicoanálisis, en tanto este discurso no admite el imperativo de “todos juntos”.

...”No podemos pues quedarnos en construir la Escuela como el lugar de ese Otro reconstruido, que conformaría un grupo analítico como defensa contra el discurso analítico”.

Se me ocurre que lo que nos queda es el esfuerzo de cada uno en decir que es la Escuela para él. Una polifonía de decires en el lugar del Otro que no existe.

Escuché a Lidia Ramírez decir que para ella, la Escuela es un lugar. Yo podría decir que para mí la Escuela me permite me permite bordear aún la pregunta sobre el amor en tanto que es lo que permite al goce condescender al deseo, y es en ese lugar de vacío que puedo mantener un decir de borde. Dar consistencia a la frase que me vino en mi propio análisis: “En tanto el objeto es un vacío y el significante lleva siempre el color del objeto, mantenerse como deseante es el modo de estar en la vida”. Y ahora diría y en la Escuela.

La Escuela pues, construida alrededor de ese agujero de saber, nos permite a cada uno ser parte de esa polifonía de decires sin director del coro. No nos olvidemos que el agujero no está ahí de entrada, que es el decir el que lo construye al recortar el marco de lo no sabido.

Podemos decir que el discurso analítico es el garante de la no garantía, en tanto el parletre, encuentra su consistencia en una extimidad fuera de

discurso; en un saber hacer que precede a todo discurso posible. Es lo real del Sinthome.

Ricardo Rubio

Enero 2021